

do estallan las erupciones enormes. Tras los resuellos los quejidos, los estertores tras los quejidos, el último aliento tras los estertores. Con estos ecos horribles se mezclaban imprecaciones de odio y alguna que otra maldición infernal, arrancada por el dolor y por las heridas al corazón en el momento y hora de romperse y separarse las tristes almas de los malheridos cuerpos. Y el cielo brillaba serenísimo, y los montes transfundían sus claros manantiales al valle, y las auras jugueteaban en alegres giros, y los árboles sacudían sus frutas en el suelo como levantaban á lo alto sus aromas, cual si nada en torno suyo sucediese y no se perpetrara un crimen horrendo dentro de sus senos. Pero al fin la Naturaleza estaba indiferente; mas los hombres regocijadísimos. Como si no perteneciesen á la Humanidad aquellos romanos, en su pecho endurecido por la servidumbre no entraba el más humano de todos los afectos; no entraba la compasión. Ni siquiera por egoísmo se acordaban de que hombres eran y podían, como aquellos hombres, encontrarse para su desgracia en una situación semejante á la situación suya. Ni las agonías y la muerte de sus predecesores, ni las desgracias aparejadas por la común humana contingencia sobre sus herederos, les movían á considerarse como maltratados en sus semejantes por aquellos combates y heridos por aquellas heridas. Diríase que se trataba de bestias y no de hombres. Cuando la sangre había teñido el agua, cuando los montones de cadáveres se habían apilado sobre las áureas naves parecidas á carnicerías flotantes, cuando el pueblo se había cansado de tantos horrores apenas creíbles, dió Claudio la señal de que cesara el combate; y cesó el combate, no sin que hubieran perecido la mayor parte de aquellos infelices.

Entonces comenzó el festín que debía concluir la fiesta, comenzó el banquete. Los espectáculos dados por el imperio despedían muchas enseñanzas; y estas enseñanzas conducían á reflexiones acerca del cambio de las ideas y de las cosas, como las que hacían de continuo en sus conversaciones Pola, Persio, Lucano, Séneca, los cuales, en efecto, como Agripina decía con tanto motivo, comenzaban por un poema y concluían por una conspiración. Mientras los incidentes del combate se desarrollaban, como hemos visto, los cuatro disertantes departían acerca de las causas que destruyeron

el régimen republicano y generaron el régimen imperial, objeto continuo de sus conversaciones.

— La usura, como una lepra — exclamaba Lucano, — se había comido hasta el tuétano de la Ciudad Eterna. El dinero, exagerando su poder, se había expuesto á todas las contingencias de una revolución social. La mayor parte de los propietarios se alimentaban de los expropiados. Véanse por aquí las víctimas de las guerras civiles con la escualidez propia del hambre; por allí, los veteranos de Sila completamente arruinados, á pesar de haber á todo el mundo empobrecido; por allá, los nobles triturados en su fortuna y venidos á la mendicidad entre las facciones desencadenadas y combatientes; dentro de la ciudad, mil mártires de todos los principios heridos por todos los desastres; en torno de la ciudad las tribus de italiotas demacradas y miserables; por los desfiladeros, el pastor salvaje y nómada que cuida rebaños sin dueño y acecha al viandante para secuestrarlo, formando verdadera nube de bandidos; y allá, en lo más hondo y más terrible de los abismos sociales, el gladiador, cazado como una bestia feroz, adscrito como un cliente necesario á todos los jefes de facción y dispuesto á matar sin saber por qué ni á quién, pues hartó le constaba como él solamente debía pensar en morir divirtiendo los ocios del pueblo romano é inmolándose á sus menores caprichos. Saturnino, tribuno, había hecho lo mismo que los Gracos, proponer la ley agraria para ocurrir á tantos males. Pero Mario, en su inexperiencia política, le dejó inmolar tristemente por mano de los caballeros. La cólera de sus enemigos le persiguió allende la muerte, y guardar el busto suyo fué considerado como un delito de lesa Roma. Naturalmente, las injusticias de los ricos engendraron las violencias de los pobres. Todos los arruinados buscaron una personificación, y esta personificación se llamó Catilina. Naturaleza de combate, no busquéis en ella la conciencia, buscad la fuerza. Vida manchada por todos los vicios, no busquéis en él sino todos los reptiles que anidan en todas las ruinas. Empobrecido, parte por una fatalidad inevitable, parte por sus desórdenes personales, cayó en el desprecio universal, y este desprecio le precipitó en la irreparable infamia. Todos los infames le siguieron, y como todos los infames le siguieron, acabaron por generar en torno suyo una leyenda tal de horrores, que ha trascendido á la historia

y ha llenado todos los tiempos. Beberíase mucho vino en sus nocturnas orgías: las gentes, sin embargo, aseguraban á una que dentro de humano cráneo, en aquellos conciliábulos misteriosísimos, se bebía, danzando, mucha sangre. Los propietarios le veían ya despojándolos de su hacienda, los logrereros de sus rentas. El senador se lo figuraba invadiendo el Senado y la mayor parte de las gentes quemando por sus cuatro extremos la ciudad. Quién decía que los conjurados asesinaban por no perder la costumbre del asesinato; quién que había Catilina por sí mismo degollado, para obtener la mano de una dama, la cual no quería hijastros, á su propio hijo. El terror puso á Cicerón en el Consulado. Este cónsul elocuentísimo no creyó escudo bastante fuerte su elocuencia ni arma de harto alcance, y se ciñó una coraza y armó á todos sus partidarios. Catilina, perseguido y acosado, se fué diciendo que alimentaban contra él un incendio; mas que de seguro extinguiríalo él bajo escombros. Cicerón, á quien había faltado ánimo para enconar la guerra, lo recibió prestado por su esposa Terencia. Los partidarios de Catilina fueron estrangulados todos en las gemonías romanas. Terencia demostró una vez más cómo pierde la mujer sus virtudes cuando se adscribe á una fracción cualquiera y entra en los torbellinos de la política y de la guerra. Catilina se refugió en Etruria, y allí le buscaron las legiones de Roma. Cayó vencido, pero cayó combatiendo. Aunque sólo pudo armar la cuarta parte de sus partidarios, con ellos alcanzó la honra difícil de una heroica muerte. Cicerón se creyó un héroe por su fácil victoria, é hizo decir á la poesía que desde aquel entonces las armas, hasta en la guerra, se habían visto sustituidas por las togas. Un rebujo del partido de Catilina fué Clodio, y digna esposa de Clodio fué Fulvia.

— Muchas mujeres — dijo Pola — pertenecieron á la facción de Catilina; todas aquellas que se habían precipitado en el vicio. Las matronas faltas de hermosura juvenil y constreñidas á ganarse amantes por dinero, las muy á la moda y lujosas que gastaran en cosméticos sus fortunas, las de vida libre y reputación mala tocando en la prostitución, constituyeron junto á la torpe legión de aviesos demagogos otra legión femenil no menos disipada, no menos guerrera, no menos cruel, no menos vengativa. Por tanto, aquellas mujeres instigaban á sus correligionarios y cofrades para que per-

siguiesen terriblemente y con crueldad, no solamente las ideas y las pasiones públicas á sus ideas y á sus pasiones opuestas, sino también los hechos particulares y privados, más en la vida y más en la jurisdicción de una mujer. Fulvia estaba entre todas ellas, y como estaba entre

todas ellas, tenía naturalmente adquirido un odio á Cicerón, llamado por los caballeros á la defensa de Roma contra Catilina. En la noche siniestra del castigo dado á los catilinaros, inmolidos con una indiferencia semejante á la que usa y emplea el carnicero en sus matanzas, Fulvia sufrió mucho, no solamente viendo perdidas las esperanzas que suelen librarse á la exaltación y victoria de un partido, sino viendo soberbias y orgullosas las matronas romanas en coro y en concierto subir á las alturas de sus casas

con luminarias de regocijo en las manos para celebrar el triunfo de Cicerón. Desde aquel día data la inquina de tan hermosa mujer contra el retórico de los Rostros. En los conciliábulos catilinaros debió conocer á Clodio Fulvia.

— Me parece que sí — exclamó Persio, — terciando en la conver-

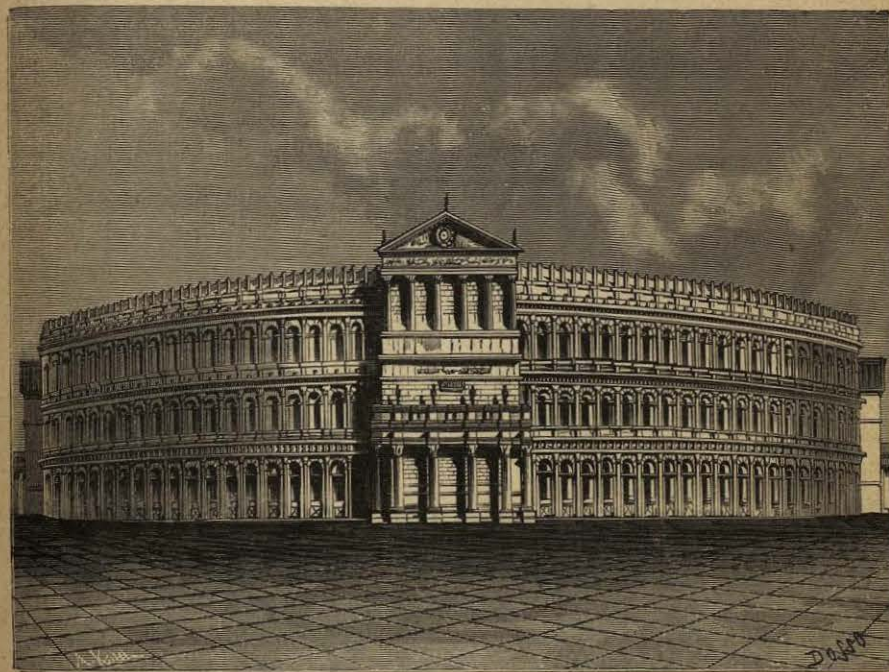


Cicerón

sación. Este Clodio no pertenecía ciertamente á la plebe, ni mucho menos estaba, como el jefe de su partido, Catilina, pobre y arruinado. Ilustre nombre le distinguía entre los demagogos y rica fortuna le daba medios sobradísimos de allegarlos y tenerlos completamente á su merced y arbitrio. Había, pues, aborrecimiento político en Clodio á Cicerón, que representaba los mayores enemigos de la demagogia, los caballeros ó burgueses. Pero había más que odio aún político, había odio particular. Su hermana Clodia se prendó perdidamente de Cicerón, y quiso que la reconocieran y la llamaran su esposa. Sabido esto por la mujer de Cicerón, Terencia, movió á su esposo contra los Clodios, y caído el tribuno entre las redes múltiples de los compromisos naturales en su situación y de las supersticiones anticiceronianas que las mujeres de su partido le imbuían, consagró un odio implacable al gran orador. Cicerón, que recibía como buen orador en sus nervios todas las impresiones del mundo exterior y que no estaba muy acostumbrado á callárselas, arremetía contra Clodio por sus ideas y también por sus mujeres. Imaginaos la cólera de Fulvia y Clodia, tan susceptibles y nerviosas como todas las mujeres, al verse por la lengua del orador mordidas en su corazón. Eran dos furias de cólera y de venganza. La vanidad propia de Cicerón, que no quería reconocer superioridades ni privilegios de ningún género en los dos gobernadores romanos por aquella sazón, en los dos que le habían sustituido tras su consulado, en César y en Pompeyo, generó el odio de ambos al orador y les llevó á soltarle sin piedad la persona de Clodio como se suelta el perro y el halcón contra la caza. Quisieron erigirlo tribuno del pueblo; mas era patricio, y el tribunado perteneció siempre á la clase plebeya. En tal apuro hicieronle adoptar por un plebeyo. Clodio acusó á Cicerón. El objeto de sus acusaciones insidiosas no era tanto la defensa de leyes más ó menos respetadas entonces como la perdición del cónsul su enemigo. En efecto, la ley sempiterna daba garantías al ciudadano para que no fuese cosa fácil inmolarse impunemente con crueldad en aquellos cambios de la política y en aquellos flujos y reflujos de las pasiones. Cicerón, arrastrado por el vértigo de la defensa contra Catilina y los suyos, había hecho matar á varios hijos de Roma sin más autoridad que una vaga y simple autorización del Senado. Clodio se creyó en el

caso de acusarlo y de perderlo. Su acusación alcanzó tales efectos, que Cicerón, la inteligencia y la palabra de Roma, se vió por fuerza obligado á dejar la ciudad y á partirse triste, proscrito.

— La mayor anarquía reinaba en las costumbres — dijo Lucano, corroborando lo que aseguraba su amigo Persio. — Pompeyo hablase propuesto gobernar á Roma sin soldados y con leones. Así lo digo

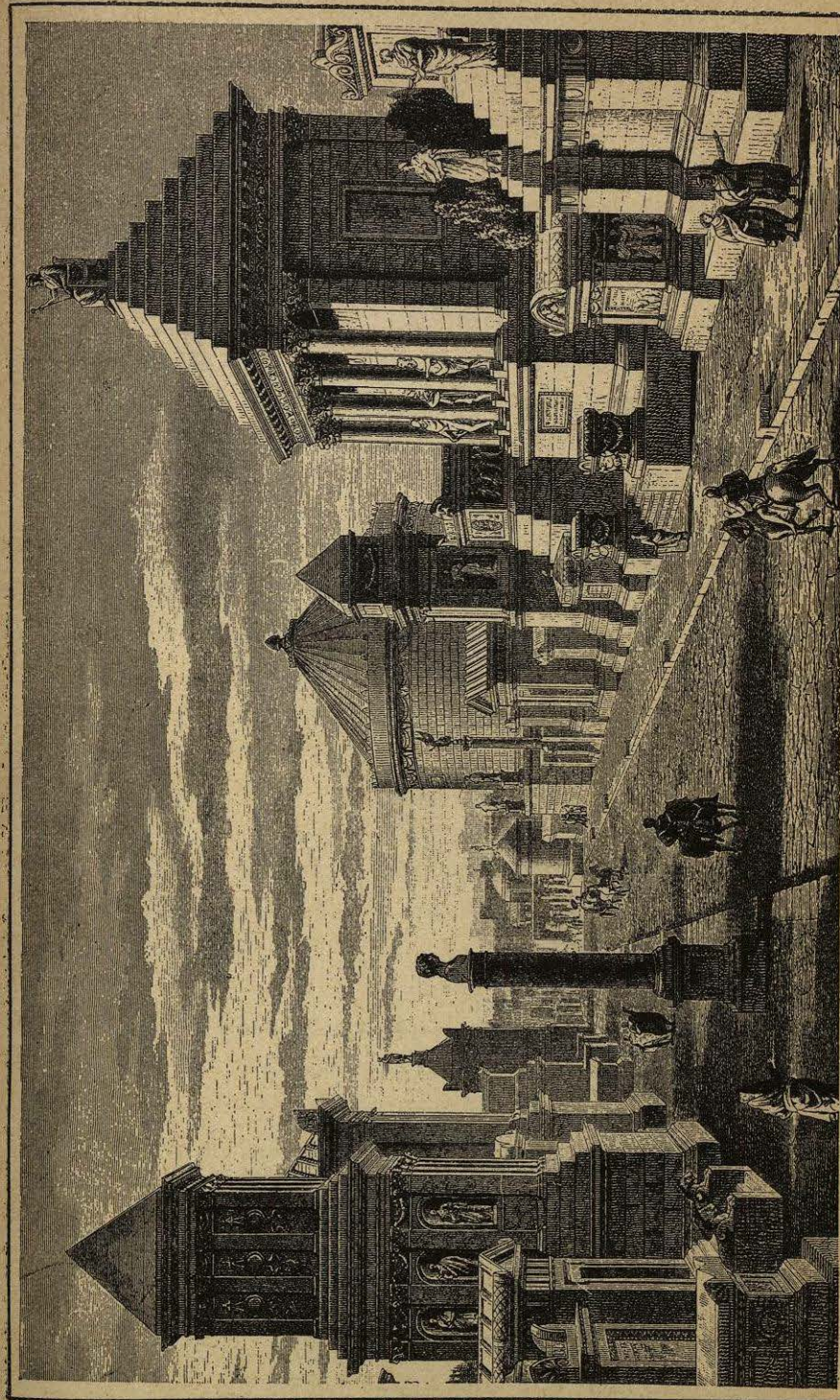


Teatro de Pompeyo

al comienzo de mi *Farsalia*. En su estrechez de miras creía que le bastaba para licenciar muchos veteranos traer muchas fieras. El pueblo deliraba viendo en el circo los leones africanos con las gudejas doradas, y ofrecía en cambio aplausos al general, pero pidiéndole que no le molestase de ningún modo en sus gustos y le dejara vivir á su grado. El gran Pompeyo, como se llamaba él á sí mismo soberbiamente, podía dominar en los últimos límites de los dominios romanos, pero no en las calles de Roma. Hervían por todas ellas las pasiones más anárquicas. Los circos, los teatros henchíanse de gentes ociosas, acostumbradas á los regocijos y á los espectáculos. Entre los coros, entre los címbalos, entre los actores, en medio de las fiestas más orgiásticas, deslizábanse demagogos siniestros

con aire amenazador, la barba y la cabellera en desorden, la voz siniestra, seguidos por gréculos y por judíos que los acompañaban á todas partes y se ofrecían á morir, y sobre todo á matar, por ellos. Inmediatamente que se formaba una facción de tal género, formábase otra contraria y opuesta. Ellos habían de luchar por todo y por todos: por la política, por la moda, por los actores, por los cónsules, por los poetas, por los retóricos. El caso era combatir sin saber á quién y sin saber por qué. La calumnia, el secuestro, el incendio, el asesinato, el exterminio entraban como factores principales en este desorden universal. Clodio había dado pan y circo á la ciudad, impedido á la magistratura su tradicional privilegio de interrumpir los comicios con señales religiosas, limitado el derecho de los censores contra los ciudadanos de malas costumbres, reunido una especie de milicia peor que la milicia de Catilina en torno suyo, tolerado á las muchedumbres el derecho de reunirse y asociarse por las encrucijadas al aire libre, propuesto el privilegio de ciudadanía para los libertos y aun para los esclavos y ofrecido prerrogativas á los reyes extraños, como si la demagogia fuese una religión y el demagogo un dios.

— Acompañábanle mucho en todo esto Fulvia y Clodia — dijo Pola sosteniendo lo dicho por Lucano. — Ellas tenían salones políticos y literarios. En las largas filas de sepulcros, levantados paralelamente á los sendos bordes de la vía Apia, paseaban las hermosuras del tiempo y se distinguían en estos paseos las mujeres de Clodio. El afecto cariñoso á sus hermanas en éste había llegado á extremos tales, que lo acusaban las gentes de incesto. Fulvia y Clodia parecían unas verdaderas bacantes. Sus excursiones á la vecina riente Albano, donde se levantaba el templo de Diana nemorense, á orillas del lago Nemi, constituían una especie de procesión entre religiosa y mundana, capaz de recordar las antiguas festividades babilónicas. Colgaban de las ramas exvotos recordatorios de sus voluptuosidades. Encendían por las noches antorchas sacras, destinadas á poner en fuga los pájaros nocturnos, y convertían la pradera en lechos de su prostitución, inventando toda suerte de refinamientos para excitar las sensaciones y recrudescer los placeres. No había extravagancia que aquellas mujeres no idearan ni aventura que aquellas mujeres no corrieran. Un día, seguramente para di-



Calle de los sepulcros en la vía Apia (Roma antigua)

vertirlas y demostrarlas adónde podían llegar las calaveradas, propúsose Clodio nada menos que profanar el tálamo de un pontífice máximo como Julio César, penetrando en la parte de habitación reservada por el rito á su mujer y defendida por las leyes con apercibimientos cuyo criminal olvido llevaba en sí aparejadas penas horribles. Celebrábase la fiesta consagrada por los romanos en varios días á la buena diosa. Esta festividad litúrgica no podía celebrarse jamás en los ritos tradicionales sino por mujeres. Tomábanse, para que los cánones religiosos no quedaran incumplimentados, las mayores precauciones en todas partes y con especialidad en casa de los pontífices. A mayor abundamiento, César, el pontífice máximo á la sazón, como ya hemos recordado, tenía junto á la mujer propia la madre de ésta, la suegra, que velaba por el honor de su hija con profunda vigilancia. Imposible saltar las vallas de una liturgia tan rigurosa, desobedecer el imperio de una voluntad como la voluntad cesárea, burlar la vigilancia de una suegra que nunca se dormía. Pues á todo se atrevió Clodio. Disfrazado con el traje de una tañedora de cítara, entró hasta el gineceo prohibido á los profanos. Por su mal, bien pronto lo reconocieron. Al reconocerlo, el pudor y la fe de las mujeres, heridas al desacato, armaron un verdadero escándalo, cual si hubiese ardido el palacio pontificio. La suegra de César, en su ira de vieja devota, quiso arrancar los ojos al fementido joven, que osaba profanar el santuario de un pontífice y desconocer el imperio de las leyes religiosas. Clodio tuvo que refugiarse, aturdido, en el cuarto de una esclava. Enterada Roma, todos los adictos á las viejas tradiciones pidieron la pena de tan criminal audacia; mas todos los innovadores se rieron del hecho y celebraron la calaverada. El tribunal se reunió, sin embargo, á juzgarlo, y Clodio, para eximirse á la pena, tuvo que darles parte de su fortuna y aun hay quien dice que parte de sus mujeres. A tal estado de corrupción llegó Roma en estos tristísimos tiempos.

— Tal aventurero — añadió Séneca — protegían los dos amos de la ciudad. A sus caprichos, á sus venganzas, ¡parece imposible!, sacrificaron el mismo Cicerón. Pero Clodio, inquieto, después de haber conseguido su ruidosísima victoria sobre aquel gran orador de la República, se atrevió á mayores y se indispuso con Pompeyo. El

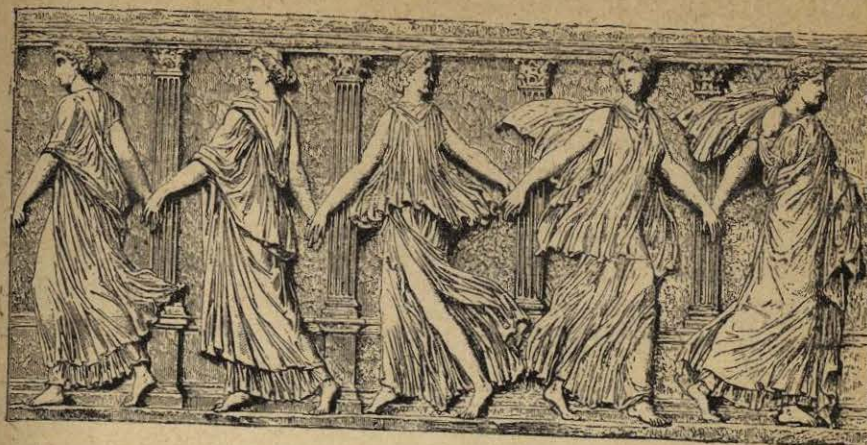
demagogo romano caricaturaba los gestos, los dichos, los actos de César. Y como éste mezclara de continuo las cuestiones exteriores de Roma con las cuestiones interiores, hacía lo mismo Clodio. Tomó, pues, á empeño la libertad de un rey armenio, cautivo en la prisión mamertina. Nególa Pompeyo, y desde tal punto no quiso perdonarlo Clodio. Así le armó al general toda clase de tumultos. Habíase por tal suerte dilatado la demagogia en Roma, que cada hogar de los grandes ciudadanos parecía una sitiada fortaleza y cada jardín un campo de continuos combates. No se respetaba ni la misma casa de Catón el austero, tenida por todos como sacro santuario del honor y del nombre romano. Mil veces se veían en la necesidad imprescindible de reunir sus clientes y sus esclavos contra los esclavos y los clientes de Clodio. Imaginaos en el ajuar de las calles romanas, teñidas con el reverbeo siniestro de todas las cóleras por las pasiones de una demagogia sin freno, cuánto haría Clodio en daño de Pompeyo. Hay quien dice que intentó matarlo. Pompeyo no ideó desquite mayor que traerse á Roma Cicerón. Y efectivamente, la presencia del orador, odioso á su persona y á toda su familia, desconcertaba la demagogia de Clodio, tantas veces herida por las frases fulminantes que lanzaba la tribuna de los Rostros. Fulvia y Clodia, dos musas del demagogo, su mujer la una, su hermana la otra, soplaban nuevas y más encendidas cóleras con sus labios de rosa en aquel espíritu de grandes tempestades. A Clodio no se le ocurrió por el pronto más que burlarse de Cicerón y de Pompeyo en el teatro. Cicerón volvió, pues, y su presencia irritó más y más á las dos mujeres, por ende al demagogo. Necesitó un general como Pompeyo suscitar á su enemigo un aventurero como el que ha pasado á la historia, por virtud de la elocuencia ciceroniana, con el célebre nombre de Milón. Éste reunió grúculos de los que manejaban con destreza el puñal, judíos de los que servían para espiar y corromper á todo el mundo, libertos verdaderamente libertinos, esclavos tracios de una fuerza inmensa, gladiadores tan fáciles en morir como en matar, y todos se congregaron á una contra Clodio y le persiguieron de muerte. La rudeza y crueldad, propias de las guerras civiles, consentían que un hombre como Cicerón señalase á su amigo el pecho de su enemigo y aun mezclara los arúspices y los auspicios en estas viles ven-

ganzas. El gran orador llegó á decir que Clodio era una víctima destinada en designios superiores al puñal de Milón. En efecto, encontráronse una tarde los dos rivales en la vía Apia y se arremetieron sin piedad. El combate parecía una fiesta de gladiadores, según lo contemplaban desde sus literas las damas y desde sus monumentos y sepulcros tendidos en aquellos sublimes sitios la indiferente plebe. Clodio salió herido de la refriega é intentó huir al golpe último y á la muerte segura. Mas, dispersos los que le acompañaban y sostenían, Milón expidió varios de sus bravos á perseguirlo y rematarlo. En efecto, sin piedad alguna le cosieron á puñaladas y le dejaron exánime sobre aquel ensangrentado suelo. Fulvia se lanzó desalada sobre su cuerpo en cuanto supo la noticia de su muerte. Jamás el dolor tuvo gritos tan agudos ni palabras tan horribles. Aquella mujer parecía una imagen de la venganza. Destrozado el traje, descompuesta la faz, espumosos los labios, relampagueantes los ojos, destrenzada la cabellera, ya besaba el frío cadáver, ya metía las manos en los surcos de sus hondas heridas para rociar con aquella sangre, como con agua litúrgica, sus partidarios é impelerlos al desquite; ya golpeaba la tierra pidiendo tener un mismo sepulcro junto al hombre con quien había tenido un mismo tálamo; ya pronunciaba terribles arengas inspiradas por la rabia más ciega é impulsoras del más vergonzoso desquite. Por tal suerte irritó al pueblo su irritación, que las turbas, movidas á la presencia suya, encendieron teas y quemaron el Senado. Pero Fulvia juró por los manes de Claudio que había de pagárselas irremisiblemente Cicerón. Y éste, conociendo la inquina que Fulvia le profesaba, mantúvola con frases terribles y alusiones sangrientas toda la vida, sin presentir cómo debía traerle al cabo la muerte.

Cuando estaban los filósofos y poetas en tal conversación anunciáronles que comenzaba el banquete y tuvieron que dejarla, sin advertir cómo iba labrando una enemiga terrible á Nerón, y tras la enemiga terrible á Nerón un acto político cuyas consecuencias habían de resultar igualmente funestas para todos. Parece imposible que pudiera surgir de unos festejos tan hermosos aquella terrible serie de calamidades, adversas á los que disponían en tal sazón del mundo y que tan alto se encaramaban para precipitarse de cabeza desde las alturas á lo profundo, puesto que nin-

guno de los grandes actores de estas tragedias debía morir de muerte natural en su lecho, destinados todos á morir de muerte violentísima, segados, como por el cierzo de marzo las tempranas flores, segados por las ideas que despertaban ellos mismos y presos en las trampas por ellos mismos tendidas. Conforme se dirigían al sitio del festín, magnas antorchas de bien olientes resinas iluminaban todas aquellas vías, y tritones de plata maciza, movidos por internas maquinarias, levantaban sus cuerpos y despedían aguas perfumadísimas. La tienda imperial, toda de sedas y púrpuras asiáticas; las mesas, maravillosamente puestas; los lechos del festín, sustentados por pies de marfil y oro; los vasos murrinos, las músicas deliciosas, la lluvia de perfumes, las danzas andaluzas, los coros helénicos daban realces de tal género á la fiesta campestre bajo una serenísima noche y entre los efluvios del campo florido y las irradiaciones del cielo estrellado, que parecían la felicidad y el placer confundidos en aquel momento, como llegan á confundirse pocas veces en las realidades tristísimas del mundo. Pero de pronto un contrafuerte de los que retenían las aguas se rompe y cede, inundando de tal manera el sitio de la fiesta, que Claudio y Agripina estaban á punto de ahogarse, no sin que la emperatriz gritase con furor entre ahogo y trago:

—¡La conspiración de Narciso!



CAPÍTULO XI

LA ÚLTIMA VICTORIA DE AGRIPINA

Así como se rompieron los diques tras cuya resistencia las aguas reposaban, viniéndose de golpe y porrazo éstas sobre los emperadores y príncipes, rompiéronse los respetos mutuos de unos y otros en aquella corte desgarrada por pasiones contrarias; y se dijeron sus principales personajes cosas que se hubieran callado en el ordinario y corriente discurso de sus vidas. Revolviéronse contra Británico Nerón, y contra Nerón Británico; contra Claudio Séneca, y contra Séneca también Claudio; el republicanísimo Lucano contra la tiranía de todos, y esta tiranía, en sus diversas personificaciones, contra el cantor de la república y de la libertad; Persio contra las costumbres reinantes como buen satírico, y los senadores y los magistrados y los destinados á representar la pública moral contra Persio; pareciéndose aquel inundado espacio á un juicio universal, en que cada uno se apresuraba, temeroso de muerte próxima é irremediable, á decir cuanto callara en vida. Naturalmente, los dos que con mayor intensidad se aborrecían en aquellas espirales de odios eran Agripina y Narciso; por lo cual fueron también los dos que más dardos se dirigieran y con más terrible crueldad se maltrataran. La emperatriz volvió ambas manos y ambos ojos á su marido con aquella magistral acción, tan propia de sus maravillosas condiciones teatrales, para pedirle, delatando con el gesto á